



URVIO, Revista Latinoamericana de
Estudios de Seguridad

ISSN: 1390-3691

revistaurvio@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Schlenker, Alex

Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: la economía política del sicariato y su
representación sonora-visual

URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad, núm. 8, septiembre, 2009,
pp. 75-87

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552656557006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: la economía política del sicariato y su representación sonora-visual

Drugs, narcocorridos and narconovelas: Political economy of contract killers and their visual and acoustic representation

■ Alex Schlenker¹

Fecha de recepción: abril 2009

Fecha de aceptación y versión final: septiembre 2009

Resumen

En este ensayo se abordan las distintas facetas de las dimensiones económicas del sicariato y sus autores — materiales e intelectuales. Al mismo tiempo se analiza la representación de este tipo de asesinato en los denominados *narcocorridos* y en algunas obras televisivas. A través del análisis de los lenguajes empleados se busca mapear las relaciones de poder que, entre crimen organizado y sectores del estado moderno, se han producido en los últimos años. ¿Qué tipo de economía desarrollan los carteles de la droga y qué función cumplen por lo tanto los asesinos a sueldo que trabajan para estas u otras organizaciones?

Palabras clave: sicariato, sicarios, drogas, carteles, narcocorridos, violencia, crimen organizado.

Abstract

This article discusses the economic aspects of drug cartels and the visual and musical representation of the so-called *sicarios* or contract killers in popular Mexican songs called *narcocorridos* and Colombian soap operas. The analysis of the depicted languages will be of enormous importance to the attempt of mapping the relationship between organized crime and the modern state. What kind of economy do drug-cartels develop and what is the role of the hitmen recruited by these or other organizations?

Keywords: contract killers, sicarios, drugs, drug cartels, organized crime, violence.

¹ Doctorando por la Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Magíster en Estudios Culturales por la UASB, Licenciado en Ciencias de la Educación y Artes Visuales por el Instituto Mähringen, Alemania. Realizador y docente audiovisual, guionista y escritor.

Culiacán capital sinaloense, convirtiéndose en el
 mismo infierno
 fue testigo de tanta masacre, cuantos hombres
 valientes han muerto
 unos grandes que fueron del hampa, otros
 grandes también del gobierno.
 “Mafia Muere”, Los Tigres del Norte

Droga, poder y muerte, su homenaje público

Uno de los negocios ilícitos más prósperos es, sin duda alguna, el narcotráfico, actividad acompañada usualmente de sujetos contratados para asesinar a los adversarios del cartel². Uno de los géneros musicales más difundidos en la zona norte de México es el de los corridos norteños, con su polémico subgénero: el narcocorrido. Se trata de canciones que fueron compuestas para rendir culto y eternizar a la figura del patrón, jefe de determinados carteles mexicanos de la droga:

Soy del grupo de los zetas
 que cuidamos al patrón
 somos 20 de la escolta
 pura lealtad y valor
 dispuestos a dar la vida
 para servir al señor (Quintanilla, 2009).

Esta estrofa del popular cantante de corridos, Beto Quintanilla³, relata en tono de homilía la escandalosa privatización de una unidad de élite del ejército mexicano. Se trata del

grupo “Los Zetas”, profesionales altamente entrenados para combatir el narcotráfico en México. El grupo fue “comprado” por el narcotraficante Osiel Cárdenas Guillén, y así sus integrantes pasaron de ser soldados al servicio del Estado a ser sicarios al servicio del patrón. Carlos Resa Nestares (Resa Nestares, 2003: 2) analiza este fenómeno:

[...] en principio prestaban sus servicios al Estado. Formaron parte de los grupos especializados del ejército. Entre 1999 y 2000, en diversas tandas, cambiaron de cliente y pasaron a vender sus servicios a un empresario privado de drogas, Osiel Cárdenas Guillén. En otras palabras, privatizaron su clientela.

Surge así otro ejemplo de las múltiples paradojas inscritas en las economías ilegales: una guerra en la que el Estado se enfrenta con sus unidades anti-drogas a los hombres que entrenó en un inicio para combatir el narcotráfico: “de la lista de 31 elementos que originalmente formaron a Los Zetas, 13 eran de las Fuerzas Armadas” (Medellín, 2005: 1). El asesinato por encargo se ve convertido así en una mercancía que se somete a las leyes de oferta y demanda del mercado: quien ofrece libremente sus servicios homicidas en el mercado lo hace al mejor postor: el patrón que es capaz de pagar veinte veces lo que el Estado ofrece como remuneración. Aún así, el pago económico no es el único interés. Ser parte de un cartel parece haberse convertido en símbolo de un estatus especial. El sicario goza de privilegios dentro del cartel y fuera de él. Temas como el honor, el temor que se infunde y el poder que se adquiere son determinantes a la hora de convertirse en un asesino a sueldo que no le teme a la muerte:

somos 20 grupos zetas
 unidos como familia
 los 20 somos la fuerza
 con diplomas de suicidas
 consientes que en cada acción
 podemos perder la vida (Quintanilla, 2009).

2 En mi tesis de maestría revisé una cantidad significativa de autores que analizan la relación entre narcotráfico. Ver: SCHLENKER, Alex, *Escrituras de violencia: relato y representación del sicario*, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, 2008.

3 Beto Quintanilla es uno de los más importantes cantantes de corridos populares y narcocorridos. A más de su amor por la música es conocido por su afición a las armas. Ver <http://www.chalino.com/artistas/BetoQuintanilla/> y <http://www.beto-quintanilla.com/>

Si el negocio del sicariato, tal y como fue concebido y desarrollado por los carteles⁴ de la mafia en Colombia o México, surge con la finalidad de proteger los intereses económicos de los patrones del negocio ilegal de la droga, el narcocorrido surge como una forma de narración épica que busca legitimar y eternizar la figura del patrón del cartel. Protección, intimidación, venganza y eliminación de adversarios son entonces las principales tareas del sicario, cuya importancia aumenta proporcionalmente con el crecimiento de la ganancia que proviene del narcotráfico. Ignacio Escolar (Escolar, 2005: 1) narra la efectividad de los sicarios del narcotráfico mexicano ante la amenaza del Estado:

Luis Donaldo Colosio Murrieta se pasó de la raya. Lo mataron en marzo de 1994, encuestas, y había hecho de la lucha contra el narcotráfico su principal bandera electoral.

Más sonado aún fue el asesinato, seis meses después, de José Francisco Ruiz Massieu, el secretario general del PRI. Massieu era uno de los principales rivales políticos del anterior presidente, Carlos Salinas de Gortari, y ex marido de su hermana, Adriana Salinas, de la que se había separado en un sonado divorcio. El hermano de José Francisco Ruiz Massieu era el fiscal antidroga, pero estaba a sueldo de los narcos.

Años después, Raúl Salinas de Gortari, hermano mayor del presidente, fue condenado a 50 años de cárcel como responsable de este asesinato. En el juicio se demostró que Raúl Salinas de Gortari también cobraba de los cárteles de la droga.

A mayor capital, mayor ganancia; a mayor ganancia, mayor riesgo frente al Estado y a las otras mafias; a mayor riesgo, mayor seguridad —preventiva y coercitiva— a cargo del sicario. Hay por lo tanto una relación directa entre el número efectivo de sicarios a cargo de la seguridad de un determinado “traqueteo” y el capital acumulado por éste.

4 Los espacios mediáticos de Colombia y de otros países emplean la palabra de acento agudo *cartel* (y por lo tanto sin tilde), mientras que en el espacio mexicano se emplea la versión grave: *cártel*.

Esta relación remite, por un lado, a la riqueza a ser protegida, y por el otro, a la necesidad de exhibir efectivamente el poder económico visibilizado en el poder violento. El patrón del cartel debe y quiere ostentar su poder. El poder visible alerta a sus enemigos naturales: las fuerzas públicas del Estado y los carteles rivales. Catalizadores de estos procesos son sin duda alguna los medios de comunicación, que sensacionalizan y espectacularizan los hechos de sangre⁵ y los productos culturales, tales como películas, series de TV o canciones populares que circulan en el día a día.

Se establece una relación directa entre las economías políticas del negocio ilícito y de la representación mediática/cultural. Un paso significativo en la aproximación a estos fenómenos pasaría por preguntarse acerca de la función que cumplen las representaciones del poder — ilícito y oficial — en la lógica de la consolidación del poder por parte de estas estructuras del crimen organizado. Los carteles desafían al Estado, el cual se ve debilitado y poco operativo en la defensa de su poder. Una suerte de poder popular, basado en enormes fortunas y pequeños ejércitos personales, desestabiliza al gobierno central de turno. Las distintas batallas que estos dos frentes libran casi a diario son narradas paralelamente desde los ámbitos mediático y cultural.

El 22 de octubre de 2009, una noticia del diario *El Universal* de México (Universal, 2009) daba cuenta del asesinato del fiscal Etzel Maldonado a manos de sicarios de un cartel de droga: “Asesinan a ex fiscal de Chihuahua”. Esta relación violenta entre el Estado y los grupos del crimen organizado ha sido narrada ampliamente en distintos narcocorridos. La banda de corridos “Banda Astilleros” hizo un homenaje al narcotraficante

5 El relato periodístico construye la narración épica de la violencia. Ver por ejemplo “La escuela de sicarios le dio el empleo que no tenía” en <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/172354.html>

cante Amado Carrillo, conocido también como “el Señor de los cielos”. En la letra hay un grupo de traficantes, los cuales son detenidos por un retén federal. Surge entonces a lo largo de la canción una tensión entre el agente federal y el conductor del vehículo en el que viaja la droga:

Tienen pinta de mañosos bajanse pa’ revisarlos.
Les hallaron un papel y una bolsita manchada.
Les preguntaron que es esto, contestaron de volada.
Ya con esto descubrieron que la troca iba cargada.
Al quererlos esposar dijo el que iba manejando:
Mire señor oficial mejor vamos a arreglarnos.
Porque si hago una llamada, se van a quedar mirando.
Mire señor empresario se les acabó el corrido.
Quiero el nombre de la empresa a la que han pertenecido.
Si señor con mucho gusto se llama Viajes Carrillo.
Para que tanto relajo, por qué no habían avisado.
Déjenme la contraseña y váyanse con cuidado.
Díganle al Águila Blanca que ojala viva 100 años
(Banda Astilleros, s/f)⁶

El corrido, a más de eternizar la figura del jefe de uno de los más poderosos carteles de México, remite a la fragilidad de un Estado que poco o nada ha logrado hacer frente a la corrupción. La canción mencionada insinúa la protección que ciertos narcotraficantes recibirían por parte de agentes federales o funcionarios públicos frente a otros cuarteles. Por otro lado, resulta interesante la figura del diálogo como forma de solución pacífica previa a cualquier forma de violencia. Así, la idea de un mundo delinquencial sumido en el caos absoluto da paso a la imagen de un orden distinto, en el que las leyes que no emanan del Estado, sino del cartel, tienen una legitimidad insuperable por el Estado moderno.

El narcocorrido no se limita a describir la figura eterna del patrón, sino que

además arriesga frecuentemente críticas a la corrupción del Estado. Así, en el corrido *El circo*, un tema escrito por Jesse Armenta e interpretado por la banda “Los Tigres del Norte”, la letra relata en forma literal y metafórica al mismo tiempo la historia de dos hermanos —Carlos y Raúl— dueños de un circo. Al leer con detenimiento la letra es posible advertir el escándalo de corrupción y de los dineros vinculados al narcotráfico que afectó a los hermanos Carlos y Raúl Salinas de Gortaire hace unos años en México (Universal, 2009b) :

Entre Carlos y Raúl eran los dueños de un circo
Carlos era el domador, era el hermano más chico
Raúl el coordinador con hambre de hacerse rico;
Se hicieron tan influyentes que empezaron a truncar
los circos por todos lados hasta hacerlos fracasar
pa’ quedarse con las plazas y libres pa’ trabajar.
El circo que había en el golfo fue el primero que cayó
y los circos de Chihuahua fue Carlos quien los cerró
quedando el de Sinaloa y al frente su domador.
Raúl se hizo millonario, dicen que por ser el mago
desapareció el dinero de las manos de su hermano
hoy dicen que está en los bancos de Suiza y por todos lados.
Carlos desapareció, se les vino el circo abajo
aprenden al sinaloense después de aquel avionazo
fue como a Raúl y a Carlos se les acabó el trabajo.
Raúl se encuentra en la cárcel ya se le acabó la magia
Carlos en la cuerda floja ahora la gente descanza
hasta que llegue otro circo y otra vez la misma tranza. (Armenta, s/f: 13)

La letra del corrido narra sutilmente la forma en la que los hermanos Salinas de Gortaire fueron acusados por el ex presidente de México, Miguel de la Madrid, de corrupción y lavado de dinero⁷.

6 <http://www.musica.com/letras.asp?letra=995008>

7 <http://www.zocalo.com.mx/seccion/articulo/carlos-salinas-de-gortari-fue-corrupto-raul-contacto-con-narcos-miguel-de-la-madrid>

La economía política de las redes del Sur: la otra globalización

La cocaína colombiana le dio un insospechado poder económico a los carteles de Medellín y de Cali. La enorme distancia que existe entre Colombia y los EEUU hizo que los patrones de la droga buscaran aliados en México, un país que a más de compartir una larga frontera con su vecino del Norte, cuenta con enormes territorios que el Estado mexicano olvidó a lo largo de varias décadas de centralismo gubernamental. Así surge entonces una alianza estratégica entre el crimen organizado colombiano y el mexicano, de la que el narcocorrido da cuenta en sus letras. Seguramente por ser una droga que se inhala y por ser Colombia el principal productor, en la jerga popular y del narcotráfico mexicano se habla de la cocaína colombiana como la “gripa colombiana”. Ese es entonces el título de uno de los más populares narcocorridos de “Los Tucanes de Tijuana” en el cual se describe el tráfico desde Colombia hasta México, al tiempo que se establece que dicho negocio tiene un jefe en la zona, el “doctor”:

traigo gripa colombiana [...]
fui a ver al doctor del pueblo [...]
te me cuidas bien muchacho
no hagas muchos desarreglos
no me pruebes nada de agua
ni juguitos, ni refrescos
solo cervecita o vino
con su Tehuacan y hielo
vale mas hacerle caso
el doctor ya me conoce
vamos a brindar señores
por que todo mundo goce
y que México y Colombia
sigan manteniendo el roce [...]
ahorita ya no hay moquillo
gracias al doctor del pueblo
que estudio en el bajo mundo,
se graduó en mercado negro
si padecen de esta gripa
pues tendrán que ir a verlo (Tucanes de Tijuana, s/f.)

La dimensión económica del sicariato puede ser entendida en dos categorías: en primera instancia es parte central de la economía ilegal de la droga (caso de los carteles de Colombia y México) y en segunda instancia es fuente de ingresos económicos (carteles de Colombia). Parto aquí por analizar la lógica que desarrollaron los carteles de Colombia, para luego analizar el fenómeno del sicariato en el ámbito del narcotráfico en México.

En el caso de las “oficinas” que surgieron al inicio en Medellín y después en otras ciudades colombianas, una suerte de agencias de servicios profesionales para el asesinato, el negocio de la muerte pudo ser al mismo tiempo protección y negocio para el cartel, que tercerizaba el asesinato por encargo, el cual se convertía así en una mercancía que ingresaba con facilidad al mercado. Los precios se determinan, por un lado, a partir de los costos de producción; y por el otro se les suma el margen de ganancia deseado. El negocio de asesinar generó así su propio sector productivo, incorporando de esta manera las lógicas de producción de las mercancías elaboradas en el capitalismo (Schlenker, 2008). El precio de cada uno de los objetos empleados para el asesinato (armas, vehículos u otros) está fijado por el valor de uso de los mismos, antes que por el valor de cambio. Una crítica marxista que Michael Heinrich (2004:61) interpreta como una norma capitalista: “quienes realizan un intercambio de mercancías están libres en su accionar, pero como propietarios de mercancías están sujetos a la naturaleza de sus mercancías”. ¿Si en Medellín, en un momento dado, se produjo una mayor oferta de productos para el sicariato, por ejemplo de armas, dicha (sobre) oferta bajó los respectivos precios? Me inclino a creer que la magnitud —ética y penal— del asesinato por encargo fijaba siempre precios altos en los suministros debido al riesgo, lo cual no necesariamente elevaba el precio de la muerte contratada.

Propongo entonces ampliar la mirada que busca leer el efecto económico generado por la violencia que impulsan los carteles de la droga, y en especial sus sicarios. Cualquier aproximación al tema debe ser capaz de advertir e incluir los efectos que tales prácticas de violencia tienen sobre la sociedad, en términos de capacidad generadora de un mercado para la violencia. El sicariato no es un problema puntual, circunscrito a uno o más individuos que —entendidos como actores directos— cometen un asesinato por encargo, sino que su presencia y actividad delictiva ha generado además la aparición de *actores indirectos* de la violencia: sujetos encargados de las actividades diversificadas, tales como el suministro de información, la venta de armas o el alquiler de vehículos. Estas redes violentas se extienden desde los jefes de los carteles y las mafias, pasan por los sicarios y se extienden hasta todos aquellos actores que, de una u otra manera, participan con su servicio o producto especializado en algún momento de la operación concebida para el asesinato de otro ser humano.

El sicario: servicios profesionales y mercancía

En muchos casos, y especialmente en el de los sicarios de Medellín de las décadas de 1980 y 1990, el sicario surge como una suerte de *empleado privado* de los carteles de la droga. Estas organizaciones delictivas reclutaban, entrenaban y empleaban al sicario para distintos encargos, que iban desde la intimidación y la mensajería, hasta la tortura y el asesinato. El sicario vinculado al cartel es parte de una compleja cadena de instancias productivas encargadas de cultivar, cosechar, extraer, preparar, transportar, traficar y vender las distintas drogas destinadas principalmente al consumo en los mercados clandestinos de los países de capitalismo avanzado del Norte.

El sicario se convirtió de esta manera en un proveedor de servicios que — depen-

diendo de su estatus de vinculación con el cartel — operaba con mayor o menor proximidad a las cúpulas de mayor jerarquía del cartel. El sicario es entonces contratado y pagado por sus servicios profesionales como asesino. Ya sea que el sicario fuera parte permanente del cartel u organización — generalmente sólo un reducido número de sicarios acompañaba todo el tiempo a los jefes del cartel —, ya sea que cumpla las funciones de sicario en espera de ser llamado para un trabajo, su vínculo y lealtad con el cartel son fundamentales. Los servicios que brindan los sicarios presuponen obediencia, lealtad y eficacia, rasgos esenciales sin los cuales su propia vida corre peligro. Los sicarios de Medellín en muchos casos debían esperar algún encargo del cartel de la droga, con el cual debían probar su vocación y entrega. Por lo general los jóvenes asesinos no abandonaban sus casas, sino que en el mismo barrio en el que vivían debían esperar:

Dos o tres veces al mes, los narcos los mandaban llamar para pasarles revista, darles dinero y, sobre todo, verificar su estado de homicidas calificados. En esas visitas casi siempre les encargaban tareas menores: robar un carro, asaltar un negocio o acribillar a alguien, a veces a un compañero de curso seleccionado desde antes como maniquí de entrenamiento. (Castaño, 2006: 23)

Lo interesante del sicariato de Medellín es sin lugar a duda su paso de prestador de servicios profesionales al de producto o mercancía. El punto de giro en la historia del sicariato está dado por la crisis de los carteles. El ascenso vertiginoso de los carteles de la mafia, según Gilberto Medina Franco “asociado al despegue de la economía de la droga a nivel internacional” (Medina Franco, 2006: 186), tuvo una caída significativa, provocada principalmente por las políticas antidrogas, la presión internacional —fundamentalmente de los Estados Unidos— y el apareamiento de otros carteles dentro y fuera del país.

Esta crisis afectó directamente a los sicarios al servicio de los jefes de la droga. Cuando al principal cartel de Medellín le fue decapitada su “cabeza”, los sicarios pasaron rápidamente a ofrecer sus servicios a través de intermediarios que vendían sus servicios a los diferentes clientes que requerían de asesinatos por encargo. Las distintas organizaciones de la droga y otros grupos delictivos dieron así paso al apareamiento de las llamadas “oficinas”, centros de operaciones desde los cuales se vendían los servicios de los sicarios a prácticamente cualquier cliente, y para el asesinato de quien fuera.

Las “oficinas” gestionaban de esta manera la venta de la fuerza de trabajo del sicario para operaciones que de ninguna manera estaban ya vinculadas a los carteles de la droga. Aquellos asesinos que no eran tomados en cuenta por las “oficinas” simplemente trabajaban de manera individual y espontánea, obteniendo sus encargos a través de distintos contactos que desarrollaban en la calle, en la que pasaban la mayoría del tiempo. Las “oficinas” rápidamente se convirtieron de esta manera en representantes y (re)vendedores del asesinato por encargo, alternando sus actividades entre los contratos ocasionales con los carteles y aquellos clientes que nada tenían que ver con el narcotráfico. Medina Franco sostiene que la crisis de los carteles no significó la crisis para el negocio del sicariato, sino meramente un replanteamiento de la forma en que se ofertaría en adelante el servicio del asesinato por encargo: “las bandas de oficina siguen operando, como siempre, al servicio del narcotráfico [...] y como hace años, exportan sicarios para otros sitios del país” (Franco, 2006: 186).

El negocio de la muerte surgió como herramienta estratégica de los carteles de la droga, pero se diversificó e independizó de los mismos una vez que vio amenazada su fuente de ingresos. Dicho desarrollo histórico deja entrever una “cultura de la violencia” que trasciende las fronteras de la violencia desa-

rollada por las mafias del narcotráfico. Existe en nuestras sociedades latinoamericanas una peligrosa tendencia a la solución violenta de los diferentes conflictos entre las personas. El paso del sicario de la droga al sicario independiente es un virulento síntoma de los elevados niveles de violencia e intolerancia que sin mayor problema atraviesan hoy en día nuestra cotidianidad.

El uso relativamente generalizado de prácticas de violencia como el sicariato obliga a volver la mirada sobre la modernidad de Occidente. La escasa legitimidad del Estado frente a la creciente legitimidad de la violencia instrumentalizada para determinados fines privados o incluso estatales, evidencian la fragilidad de la modernidad emprendida con un acto violento fundacional: la Revolución Francesa. Terry Eagleton advierte una “desmemoria” que impide el recuerdo de los inicios violentos de los Estados de Occidente que hoy presentan una violencia — el sicariato como parte de ella — “incontrolable”. Si se entendiese al sicariato y al terrorismo como prácticas similares, las palabras de Eagleton adquieren plena vigencia en el contexto del sicario latinoamericano:

Occidente, hundido en sus fantasías de omnipotencia al modo de Fausto, no ha conseguido hasta ahora aprender [...] que la única cura para el terror es la justicia, y el terror surge cuando la legitimidad se desmorona. Por el momento parece no poder discernir una imagen de su propio rostro monstruoso, en la furia encolerizada que está a sus puertas, y ve cómo esa furia es, entre otras cosas, sus propias acciones en forma ajena. Por el momento, Occidente sólo es capaz de sentir terror pero no piedad (Eagleton, 2006: 37).

Mientras las condiciones sociales y en especial las oportunidades de desarrollo real —entendido como la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida a través de su trabajo y no por cuenta de bonos de pobreza— de la gran mayoría de hombres y mujeres de escasos recursos económicos

no mejor sustancialmente, las barriadas de miseria de nuestras ciudades seguirán conteniendo enormes masas de seres humanos desplazados y olvidados. Entre ellos siempre habrá uno que otro dispuesto a empuñar, a cambio de unos cuantos billetes, un arma de fuego contra otro ser humano. Una lógica de la que nos enteraremos por los medios, las noticias en televisión y, sobre todo, por algún género nuevo de música que sabrá cómo cantarnos aquellas cosas de las que por alguna razón no se habla.

Diferencias y semejanzas del sicario

Los carteles de la droga de Colombia y México son, sin duda alguna, los principales polos de desarrollo histórico del sicario. Es difícil generalizar las condiciones políticas y sociales que en los dos países permitieron el surgimiento de estas organizaciones delictivas, dedicadas al negocio de las drogas ilegales. Cada caso tiene sus rasgos particulares y específicos, así como un momento determinado en el que empezaron sus actividades. Aún así, hay factores comunes, como la ausencia del Estado, la corrupción, las enormes ganancias en negocios ilícitos, entre otros. El investigador y periodista mexicano, Ignacio Escolar, resume así el traspaso de poder de los carteles de Colombia a los de México:

Sinaloa se convirtió en la estación de paso de los cargamentos de cocaína que llegaban desde el Sur, rumbo a la frontera. Cuando la pelea por el mercado entre los cárteles de Cali y Medellín desangró a los narcotraficantes colombianos, los intermediarios mexicanos se quedaron con el control del negocio.

El ganador de aquella guerra, que acabó con la muerte del mítico Pablo Escobar el 2 de diciembre de 1993, fue Amado Carrillo Fuentes. Le llamaban “El señor de los cielos” porque tenía una flota de Boeing 727 con la que movía la cocaína desde lo más alto (Escolar, 2005:1).

Este mapeo histórico permite cuestionar la idea, comúnmente generalizada, de un narcotraficante “eterno”, que ha estado en el poder desde siempre. Este imaginario deja de lado el proceso de apareamiento progresivo de las economías ilegales de la droga y de las personas vinculadas a tales negocios, en los diferentes vacíos que el Estado ha ido dejando. Hay una cantidad de factores internos y externos, así como ciertas oportunidades y casualidades, las que, además de ciertas ventajas circunstanciales, les permitieron a los distintos patrones acceder al poder que tuvieron.

En la serie colombiana “Sin tetas no hay paraíso”⁸ dos sicarios que vigilan el perímetro de la mansión de un narcotraficante están cansados de cuidar a los jefes y verlos gozar en sus fiestas. En un momento dado reflexionan sobre la posibilidad de dejar de ser sicarios y convertirse en jefes: “Volvámonos traquetos” dirá el uno, “para eso hace falta mucho dinero...y los contactos que no tenemos”, responderá el otro. La escena oscila entre el deseo por enriquecerse y la frustración por saberse sin el capital ni los contactos necesarios. Este diálogo remite a la complejidad en la que surge el negocio de la droga y los sicarios que la protegen. El sicario aparece en ambos casos como una figura que nace y se acopla de acuerdo a las necesidades que el cartel tiene.

Aunque de alguna manera conectados, ya sea directamente por negocios o por experiencias similares, los carteles colombianos y mexicanos tienen, cada uno, sus maneras particulares de organizar su actividad delictiva y violenta. La semejanza y similitud que pudiera existir entre los jefes de los carteles de Colombia y México se disuelve casi por completo al momento de comparar a sus sicarios. Si bien es cierto que en muchos casos el origen socioeco-

8 Serie televisiva colombiana, ambientada en los circuitos de la droga, producida por RCN.

nómico del sicario colombiano y de su homólogo mexicano pudieran ser similares, las jerarquías alcanzadas, y por lo tanto sus funciones y responsabilidades, son distintas. Cada organización tiene claramente identificados los significados inscritos en la palabra *sicario*.

En el cartel de Medellín, Pablo Escobar tenía su escolta personal, grupos de hombres armados que cumplían las funciones de guardias y guardaespaldas, tanto del jefe del cartel, como de sus propiedades. Los asesinatos por encargo en cambio eran cometidos por los jóvenes-sicarios reclutados y entrenados en las comunas de Medellín. La autoría material era de esta manera alejada del cartel, y el sicario se veía avocado a operar de manera casi solitaria; siendo la motocicleta con conductor y “gatillero” la combinación usual. La relación entre el sicario y el cartel era sumamente compleja y contradictoria. El asesino debía mantener la mayor exclusividad de trabajo con el cartel, pero al mismo tiempo no era parte directa del mismo, una suerte de proveedor “exclusivo” —servir a toda hora sin ser parte—.

Los carteles mexicanos tienen una genealogía y un mapa delictivo mucho más complejo que el del caso colombiano. No sólo se trata de carteles más grandes, con territorios más amplios, sino que además estos grupos han ido adquiriendo una enorme infraestructura para sus operaciones. El periodista Francisco Reséndiz del diario *La Crónica* publicó en diciembre de 2005 el listado de los principales carteles identificados por el Gobierno de México como “cárteles de la droga que operan en territorio nacional y que se han asociado ‘de una u otra forma’ a células de colaboradores, ‘que operan con cierta independencia económica’ en distintos niveles” (Reséndiz, 2005). El listado, al tiempo que nombra a los más importantes y poderosos grupos investigados por la Procuraduría General de la República de México, los convierte en

una suerte de “grandes ligas”, un *top seven* del narcotráfico en México. El listado de los siete cárteles más importantes de México incluye los nombres de los jefes y el territorio que tienen bajo su mando:

- el Cártel de Tijuana de los hermanos Arellano Félix
- el Cártel de Colima de los hermanos Amezcua Contreras
- el Cártel de Juárez de los hermanos Carrillo Fuentes⁹
- el Cártel Sinaloa de Joaquín “El Chapo” Guzmán y Héctor “El Güero” Palma
- el Cártel del Golfo de Osiel Cárdenas Guillén
- el Cártel de Pedro Díaz Parada “El Cacique Oaxaqueño”
- el “Cártel del Milenio” de los hermanos Valencia

Estos cárteles heredan —y se dividen en feroces disputas— el territorio que quedará luego de ser desmantelados los tres cárteles originales que operaban la droga en la década de 1980 y “que tenían como líderes a Miguel Ángel Félix Gallardo (detenido en 1989), Ernesto Fonseca Carrillo (detenido en 1985) y Juan Nepomuceno Guerra (fallecido en el 2000)” (Ruiz, 2005). El periodista José Luís Ruiz del diario *El Universal* de México resume dicha herencia en un mapa delictivo de la siguiente manera:

De estos tres núcleos criminales se dieron las primeras recomposiciones y reposicionamientos: de la organización de Félix Gallardo se derivaron la de los hermanos Arellano Félix, la de Joaquín *El Chapo* Guzmán y la de Héctor *El Güero* Palma, en tanto que Ernesto Fonseca *Don Neto* cedió su liderazgo a Amado Carrillo Fuentes *El Señor de los Cielos* (fallecido en 1997), independizándose de este último la organización de Luís Valencia Valencia. (Ruiz, 2005)

9 Cartel considerado como el más poderoso, con “influencia, pese a todo, en por lo menos 20 de los 32 estados de la República”, ver http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=126141&tabla=nacion

Además de la inminente territorialidad que se desprende de cada una de estas organizaciones, existe una compleja interrelación entre estos grupos, que va desde la guerra frontal y declarada hasta las fusiones y alianzas estratégicas: “en la actualidad se han detectado alianzas entre cárteles con la intención [...] de fortalecerse y ampliar su área de influencia, quedando por un lado la organización de los Arellano Félix y Osiel Cárdenas Guillén, y por el otro, la de los Carrillo Fuentes, Valencia Valencia y de *El Chapo* Guzmán.” (Ruiz, 2005)

La relación con el Estado mexicano, las características del territorio asegurado, así como la competencia con otras organizaciones delictivas del mismo tipo, hace que los distintos cárteles que operan en México entiendan al sicario de manera distinta de cómo se lo vio, por ejemplo, en el cartel de Medellín. En el caso mexicano, se trata de un sujeto que es parte permanente del cartel y de la estructura jerárquica que en el mismo se despliega. A decir de Aline Corpus, corresponsal de *El Universal* en Tijuana, “el sicario es en realidad un jefe de matones o asesinos. Algo así como un comandante de los pistoleros del cartel, con un número considerable de hombres bajo su mando y un reconocimiento visible en su vestimenta, sus autos y las canciones que diferentes bandas musicales le componen” (Corpus, entrevista, 2008). Este sicario — frecuentemente se trata de hombres experimentados e incluso con mucha experiencia militar o policial — es el depositario de la confianza del *patrón* del cartel. La relación entre ambas partes se establece a través de vínculos humanos condicionados por el dinero, pero amparados en tradicionales imaginarios de hacienda, en los que el patrón ha sido durante siglos la principal figura paternal, y por lo tanto, el centro de toda autoridad. Esta relación es sellada con grandes sumas de dinero y establece así alrededor del jefe del cartel un importante anillo de seguridad.

A diferencia del cartel colombiano de la droga, que recluta a jóvenes a los que puede manipular y entrenar, el caso mexicano, analizado por Resa Nestares, muestra un *modus operandi* distinto: se recluta a un grupo de profesionales ya entrenado y con la suficiente experiencia. El poder económico del cartel logra desplazar al Estado como empleador, con lo cual no solamente se sustituye una relación laboral pública por una de tipo privado, sino que además se sustituye una categoría abstracta, invisible e intangible, como lo que significa *el servicio a la patria*, por una concreta y palpable como el de la lealtad al *patrón*. El imaginario de la hacienda, mil veces más cercano, sustituye al de Nación. La oferta económica va acompañada de un importante sentimiento de pertenencia que el Estado-Nación aparentemente no puede ofrecer. En el siguiente capítulo analizaré la letra de algunas de las más representativas canciones del género de música popular conocido como *narcocorrido*. Algunas de las más importantes bandas de este género, como “Los Tucanes de Tijuana” o “Los Tigres del Norte” han desarrollado importantes canciones que reproducen y circulan estos imaginarios de lealtad masculina hacia el patrón, jefe del cartel.

El sicariato colombiano está ligado a los imaginarios de violentos jóvenes —en algunos casos adolescentes— dedicados al asesinato. El discurso que acompaña a estas prácticas violentas habla permanentemente de la edad de los sicarios. Con esta insistente reiteración surge permanentemente la pregunta: ¿por qué los carteles de la droga en Colombia, especialmente en Medellín, reclutan a sicarios tan jóvenes? La pregunta adquiere una mayor validez cuando se revisa la edad promedio de los sicarios de los cárteles mexicanos, en promedio diez años mayores a sus homólogos colombianos: “en Sonora, en Caborca, otro enfrentamiento — entre militares y una banda de pistoleros — provocó la muerte del “gatillero” [sicario] Rosario Avilés López, de 28 años y originario de Culiacán

Sinaloa”(Cano, 2008) ; “Las bandas de aquí [Medellín] se apoyaban en los peladitos de 9 a 12 años [...] no diferenciaban entre jugar golosa y jugar con la muerte. Les daban pistolas y hasta metras”(Medina Franco, 2006: 139). La explicación puede ser hallada en la repartición y uso de las ganancias. Es sabido que el joven-sicario de Medellín recibe pagos relativamente bajos, sobretodo si se lo compara con las grandes sumas gastadas por los cárteles mexicanos, y que además, dicho dinero no es empleado para mejorar las condiciones de vida del joven o de su familia. Alonso Salazar recoge el testimonio de un sicario que da cuenta de los precios con los que cobra un asesinato: “Aquí en la ciudad lo menos es medio millón [ca. 250 — 300 U\$], pero para salir de la ciudad a darle a un pesado cobramos por ahí tres millones [ca. 1800 U\$]” (Salazar, 2008:26). Castaño narra ese carácter efímero del dinero que proviene del sicariato: “Muy pocos sicarios, y Narices [jefe de un grupo de sicarios] no es uno de ellos, invierten sus ganancias en bienestar para sus familias” (Castaño, 2006:52).

Existe además una fuerte carga cultural que a través de determinados imaginarios de la religiosidad popular hace que la ganancia, que por lo general no supera unos pocos cientos de dólares por participante en el asesinato, no mejore la calidad de vida de los sicarios: “En la casa de Narices, aunque suelen correr fajos de billetes, rara vez hay comida suficiente. La plata de los negocios ilícitos es plata del diablo, dicen los sicarios. Por eso se apresuran a gastarla en farras de dos y tres días que incluyen aguardiente o whisky, cocaína, carne asada y muchachitas” (Castaño, 2006: 51). Un testimonio similar es recogido por Salazar: “recibido el billete, armamos rumba en el barrio. [...] En una nochebuena anticipada, compramos un chanchito, cajas de cerveza y aguardiente, instalamos el equipo de sonido en la calle y armamos parche hasta la madrugada” (Salazar, 2008: 27) En estas celebraciones, la concepción del tiempo de la vida juega

aquí un papel fundamental. Invertir, ahorrar y demás conceptos para el desarrollo personal se basan en una visión de largo aliento de la vida. Quien está convencido de vivir hasta la longevidad, tener familia — hijos, nietos y tal vez incluso bisnietos — y querer realizar una gran cantidad de sueños, emplea el dinero ganado para mejorar su vida, su futuro; quien intuye que no vivirá más allá de unos pocos años, busca disfrutar el momento. La mayoría de los jóvenes-sicarios sabe que no vivirá mucho, que en pocos años otros sicarios los matarán.

Otro aspecto importante es el de la carga religiosa conformada por mandamientos, pecados, faltas a la virtud y a la moral, así como otras normas católicas, que hacen irreconciliable el dinero ganado a través del pecado del homicidio en otra cosa que el pecado mismo (fiestas, alcohol, drogas, placer, etc.). Las fiestas que un joven-sicario ofrece constatan su poder, su valor y la confianza que el cartel le tiene. Para mantener este estatus, debe hacer más fiestas en el futuro. Dichas celebraciones las financiará con el dinero de sus siguientes encargos. De esta manera, el joven-sicario no logrará salir del círculo vicioso, mediante el cual adquiere lo que gasta y gasta lo que adquiere. Esta relación entre ganancia y gasto adquiere un carácter paradójico: el joven-sicario debe matar para ganar el dinero que gastará en la fiesta en la que podrá recibir el reconocimiento público que confirmará su valor como hombre capaz de asesinar.

El caso de los cárteles mexicanos parece ser diferente. Aparentemente se trata de hombres con una formación en temas militares o policiales de tipo profesional, la gran mayoría de ellos son nacidos una década antes que los jóvenes-sicarios de Medellín. El patrón mexicano entiende claramente el costo de la lealtad de esta guardia personal. El sicario mexicano, con una jerarquía muy superior a la de su colega de Medellín, es un importante miembro del cartel, un comandante de matones que cuenta con privilegios

y con un pago muy elevado. Dicho dinero le permite mejorar su condición económica en general, y además dentro del cartel.

Aunque en ninguno de los casos es posible trabajar con cifras capaces de reflejar las enormes ganancias de los cárteles de Colombia y de México respectivamente, pienso que los cárteles mexicanos gastan sumas mayores en sus sicarios. Resultaría muy interesante, si en algún momento fuera posible, calcular los porcentajes que en relación a la ganancia total paga cada cartel a sus sicarios. Lastimosamente, al ser el narcotráfico un negocio ilegal, y consecuentemente clandestino, no es posible acceder a los datos que permitirían entender los montos ganados en las diferentes operaciones de cada cartel. Ello hace imposible saber por el momento qué porcentaje sería percibido respectivamente por el sicario colombiano y el mexicano. Aún así, al ser el sicario mexicano parte importante de la jerarquía del cartel, es de suponer que su pago supera considerablemente al de su similar de Medellín, a quien se contrata ocasionalmente y quien, sin lugar a dudas, es parte de una significativa sobreoferta de “mano de obra” regada por los numerosos barrios de la ciudad, lo que baja considerablemente su precio. Para hacerse una idea de las sumas gastadas por un cartel de la droga en México se puede investigar el valor de un grupo de élite, como el de “Los Zetas”, comprado en su momento —incluidos los equipos militares y de transporte— por el jefe del Cartel del Golfo. Una operación que a Osiel Cárdenas Guillén debió haberle costado varios cientos de miles de dólares, o tal vez más.

Si el sicariato ordenado y financiado en el Medellín de los '80 por el cartel de Pablo Escobar tuvo un determinado nivel de violencia y crueldad, las operaciones que los grupos de sicarios de México llevan a cabo desde hace aproximadamente una década y media han superado ampliamente esos estándares de violencia. Las operaciones

colombianas en que dos sujetos en moto perseguían y asesinaban a una persona han dado paso a escenas cinematográficas de distintos escenarios mexicanos en que varias docenas de hombres armados irrumpen en un espacio determinado para asesinar a la víctima seleccionada: “Alberto Capella Ibarra asumió la jefatura de Policía en [Tijuana] plagada por la violencia. [...] Veinte pistoleros vestidos de negro irrumpieron en su patio en medio de la noche y él se batió con ellos, disparándoles con un fusil automático” Marosi, 2008: 1).

El narcotráfico en México se ha convertido en los últimos años en un problema de dimensiones inimaginables. Los asesinatos recientes — de septiembre de 2009 — en el Estado de Morelia confirman la tesis de Jean Meyer, director de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), que ya debemos hablar de *narcoterrorismo*. Meyer advierte en los grupos de narcotraficantes una violencia que obedece a una necesidad estratégica, pero también aquella otra violencia que se ha enraizado en el placer y el gusto por la violencia. El investigador cree que frente a los intentos por parte del Estado por combatir el narcotráfico, los cárteles “a estas alturas matan por necesidad, ciertamente, pero también, creo yo, por gusto” (Meyer, 2008). Son varias décadas de tolerancia al narcotráfico y a la violencia perpetrada por sus sicarios. Lo preocupante del combate al narcotráfico no debe ser la derrota del Estado, sino, contradictoriamente, su victoria. En ese caso, la sociedad mexicana tendrá a miles de sicarios entrenados y armados, buscando trabajo en lo único que han aprendido a hacer: matar y en este caso al precio que sea. Es además importante no perder de vista el fenómeno de internacionalización de la violencia, generada por los cárteles de la droga de México; Jorge Luís Sierra de *El Universal* habla ya de un “problema transfronterizo” (Sierra, 2008). □

Bibliografía

- Armenta, Jesse (s/f), “elcirco”, Disponible en <http://www.elijahwald.com/corlyrics.html>, visitado en septiembre 12/2008.
- Banda Astilleros (s/f), “El águila blanca”, Disponible en <http://www.musica.com/letras.asp?letra=995008>, visitado en septiembre 12/2008.
- Cano, Luís (2008), “Ex empleado de PGR, asesinado por sicarios”, Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/162495.html>, visitado en septiembre 12/2008.
- Castaño, José Alejandro (2006), “¿Cuánto cuesta matar a un hombre?, Relatos reales de las comunas de Medellín”, Bogotá: Editorial Norma.
- Corpus, Aline (2008), Entrevista de Alex Schlenker, Madrid, julio 25 de 2008.
- Eagleton, Terry (2006), “Terror sagrado, La cultura del terror en la historia”, Foro Complutense, Madrid: Editorial Complutense.
- Escolar, Ignacio, (2005), “La leyenda de ‘El señor de los cielos’”, Disponible en http://www.informativos.telecinco.es/dn_4230.htm, visitado en septiembre 12/2008.
- Heinrich, Michael (2004), “Kritik der politischen Oekonomie, eine Einfuehrung”, Stuttgart: Schmetterling Verlag.
- Medina Franco, Gilberto (2006), “Una historia de las milicias de Medellín”, Medellín: IPC, Instituto Popular de Capacitación.
- Marosi, Richard (2008), “Llueven amenazas contra jefe de Policía de Tijuana”, Disponible en <http://www.colef.mx/Gaceta/documentos/ElColefenlosMedios/ENE24amenazas.pdf>, visitado en septiembre 14/2008.
- Medellín, Jorge Alejandro (2005), “Sicario ejecutado estuvo en el Ejército”, publicado en diario El Universal, Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/nacion/133717.html>, visitado en septiembre 12/2008.
- Meyer, Jean (2008), “¿Narcoterrorismo?” Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/41570.html>, visitado en septiembre 16/2008.
- Quintanilla, Beto (s.f). “Escolta suicida”, Disponible en <http://www.betoquintanilla.com/>, visitado en julio, 12, 2009.
- Resa Nestares, Carlos (2003), “El comercio de drogas ilegales en México”, Nota de investigación 04/2003, Disponible en http://www.uam.es/personal_pdi/economicas/cresa/nota0403.pdf, visitado en agosto 02 / 2008.
- Reséndiz, Francisco (2005), “Siete grandes cárteles de la droga operan en México: PGR”, Disponible en http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_nota=218320, visitado en septiembre 12/2008.
- Ruiz, José Luis (2005), “Van contra cárteles poderosos”, Disponible en http://www2.eluniversal.com.mx/pls/impreso/noticia.html?id_nota=126141&tabla=nacion, visitado en agosto 02 / 2008.
- Salazar, Alonso (2008), “No nacimos pa’ semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín”, Bogotá: Editorial Planeta, 4ta edición.
- Schlenker, Alex (2008), “Escrituras de violencia: relato y representación del sicario”, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Sierra, Jorge Luis (2008), “Los Zetas sobreviven”, Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/editoriales/40347.html>, visitado en agosto 02 / 2008.
- Tucanes de Tijuana (s/f), “Gripa colombiana”, disponible en <http://www.sweetslyrics.com/511269.LosTucanesDeTijuana%20-%20gripa%20colombiana.html>, visitado en septiembre 12/2008.
- Universal (2009), “Asesinan a ex fiscal de Chihuahua,” Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/estados/73447.html>, visitado en septiembre 12/2008.
- Universal (2009b), “CSG fue corrupto; Raúl contactó con narcos: Miguel de la Madrid”, Disponible en <http://www.eluniversal.com.mx/notas/597660.html>, visitado en septiembre 12/2008.